

Impropia reordenación del MOPU

DESDE que, por Real Decreto de 4 de julio de 1977, se configuró el nuevo Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, se han sucedido en él reorganizaciones muy fundamentales, dos de las cuales tuvieron efecto en el periodo comprendido entre el 14 de abril de 1978 y el 27 de abril de 1979, o sea, en el plazo de un año y trece días. En la primera de las citadas fechas se aprobó un Real Decreto «por el que se estructura el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo»; en la segunda, se aprobó otra disposición de igual rango por la que «se modifica la estructura orgánica» del mismo departamento. Evidentemente, la creación del Ministerio de Transportes y Comunicaciones y la supresión del Ministerio de la Vivienda fueron motivos bien justificados para la reestructuración del nuevo Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

Ahora, como si los cambios efectuados en el MOPU hubieran tenido una intención de provisionalidad, va a realizarse un nuevo reajuste que, según nuestras noticias, afectará a los servicios periféricos que, como las Jefaturas Regionales de Carreteras y las Jefaturas Provinciales, ya habían sido reestructurados por Decreto de 17 de abril de 1975. Este nuevo reajuste era temido por nosotros desde el día 23 de abril último, fecha en la que el ministro señor Sancho Rof, al dar posesión a cuatro nuevos altos cargos del MOPU, dijo: «En fecha próxima se producirá una nueva reordenación —que no una reorganización— del Departamento, que lo irá acercando a lo que habrá de ser en el momento en que comiencen a funcionar, con sus estatutos, las comunidades autónomas».

Por muy sutil que quisiera ser la intención del señor Sancho Rof, nosotros no vemos, en el plano de las realidades, qué diferencia sustancial pueda haber entre reordenación y reorganización, salvo que en el MOPU se hable un lenguaje de precisiones semánticas que desconoce el común de los mortales.

Pues bien, la reordenación anunciada parece que está a punto de ser culminada mediante un Real Decreto que, según nuestras informaciones y si no se actúa con rapidez para impedirlo, iría a la aprobación de un próximo Consejo de Ministros.

No queremos reordenaciones como la que se pretende con el Real Decreto que se ha redactado porque, entre otras cosas, desaparecen las Jefaturas Regionales de Carreteras y se refuerzan, a cuenta de tal extinción, las competencias y atribuciones de las Jefaturas Provinciales. Se ha dicho que, parte de las funciones encomendadas hasta ahora a las Jefaturas Regionales de Carreteras estarían a cargo de unos Organismos Técnicos de Apoyo que, según parece, sólo serían cuatro y ninguno de ellos estaría situado en Cataluña.

El error que esta reordenación implica sólo podría ser atribuible a quien, por falta de una correcta prudencia política, no ha medido las consecuencias de la atomización de representaciones estatales que ello supondría en Cataluña. En lugar de contar aquí con un interlocutor, que, como en el de la 5.ª Jefatura Regional de Carreteras, era el máximo representante del departamento en Cataluña, ahora se pretende que haya cuatro interlocutores con Madrid. En modo alguno se ve que la anunciada reordenación se proponga acercar el MOPU «a lo que habrá de ser en el momento en que comiencen a funcionar, con sus estatutos, las comunidades autónomas», porque en el caso de Cataluña lo único que habría es una descentralización de poderes respecto a los que hoy ostenta la 5.ª Jefatura Regional de Carreteras, descentralización que no sólo no parece conveniente para la autonomía que se pretende, sino que resultaría un entorpecimiento grave para una buena gestión del Estado en las competencias de su red viaria. En vez de unificar la autoridad representativa de la Administración Pública en las Comunidades Autónomas, lo que resultaría sería una innecesaria y contraproducente pluralización de tal autoridad.

Hemos de señalar, asimismo, como algo notoriamente grave, que no han sido consultados quienes, por resultar directamente afectados, hubieran tenido un poco que decir.

Hemos dado la voz de alarma y, aunque estamos seguros de que la Generalitat conoce los propósitos de la mentada reordenación y trabajará para que no se produzca, esperamos de los partidos políticos catalanes que hagan cuanto les sea posible por impedir que el Real Decreto de referencia se lleve a la aprobación del Consejo de Ministros tal como ahora está concebido.

Nadie se preocupa del «SALT II»

Viviendo sobre un volcán

YO me atrevería a llamar literalmente «indiferencia» la actitud general —la de la gente de la calle— ante el episodio vienes del «Salt II». Periódicos, radios y televisores le han concedido mucho espacio, desde luego: bastante, por lo menos. Pero uno saca la impresión de que, en la calle, donde está y va y viene la gente, no se han producido grandes conmociones: casi ninguna, para ser exactos. Y lo que constituía el objeto de las charlas entre Jimmy Carter y Leonidas Breznev, si bien se mira, es el tema de nuestra supervivencia colectiva. Cuando digo «nuestra», ahora, me refiero a la de todos los habitantes del planeta Tierra, como mínimo. Los noticieros lo han explicado con toda claridad. Los arsenales de las dos «potencias» —y tan potencias como son—, reunidos, contienen tal cantidad de artefactos militares, y precisamente «atómicos», que, hechas las cuentas, salimos a no sé cuántos megatonnes por barba. Quizá se haya exagerado la cifra. O quizá no, y se quedaron cortos quienes hicieron el cálculo. Sea como fuere, de lo que no cabe duda es que los dispositivos bélicos de USA y URSS, con lo que otros Estados almacenan por su lado, comprenden una fuerza virtual de destrucción horrorosamente incommensurable. El peligro está ahí.

Repito: nadie, en la práctica «nadie», se ha movido frente a esa amenaza cuya inminencia resulta de angustiosa predicción. ¿Por qué? Una parte del personal, en muchos sitios, se ha manifestado y se manifiesta contra la implantación de centrales nucleares, y multitudes simpatizantes les acompañaban moralmente desde sus domicilios o desde su timidez. Bien. Es lo lógico, porque los riesgos que implican dichos tinglados merecen —si más no, en principio— una protesta preventiva, y tal vez luego, de no ser demasiado tarde, convenga ir más lejos. Pero lo de las centrales nucleares es un asunto que puede presentarse con paliativos, con excusas, incluso con chantajes esplendorosos. Ante los próximos y agobiantes déficit de energía, de la energía tradicional y convencional, no habrá más remedio que aceptar la nuclear: de lo contrario, y ello es probablemente cierto, tendremos que renunciar a los ascensores y a los quírofanos, a los transportes de tierra, mar y aire y a los abonos del campo, a toda la farmacopea y a toda distracción usual, a los libros y a los contraceptivos, a las industrias de la alimentación, del vestido, de la comodidad... Puede que haya otras alternativas. Tendrán que inventarlas, por supuesto. O eso, o la vuelta a la Edad Media... Lo otro, en cambio...

Lo otro es, sencillamente, la guerra. Y el primer disparo de misiles con cabezas atómicas, de un lado y de otro —serán, si eso ocurre y Dios no quiera, simultáneos—, provocarán un

desastre superior al que llegarían a producir todas las centrales nucleares en pleno deterioro. La segunda andanada, más los bombardeos correspondientes, ya no la contaría ni el mismísimo Cristo que bajase de los cielos. Sería una devastación total. La perspectiva sobrecoge: creo que sobrecoge hasta a los más empedernidos Estados Mayores de USA y URSS y a sus subalternos políticos y diplomáticos. Ni siquiera ellos se salvarían de la hecatombe, en el caso de que se desencadenase. Esta hipótesis, y la evidencia de que una «carrera de armamentos» así proyectada agostaría los presupuestos del erario público, han hecho de Viena, estos días, un centro apasionante de debates y componendas. Carter y Breznev han pactado algo. Nunca sabremos qué, porque este tipo de trucos cancillerescos sólo suelen ser desguzados por los historiadores cien años después. Y lo malo es que estamos corriendo el albur que dentro de cien años no existan ya ni historiadores ni madres que puedan parirlos. Estamos sentados sobre un «volcán» increíblemente más trágico que la suma de todos los volcanes que la Madre Naturaleza tiene en ejercicio, en reserva o en perspectiva. Ni los tuvo jamás.

Echo de menos el clamor popular, en torno a lo de Viena. No me quejaré de los grupos «ecologistas»: ellos ya se desgajitan lo suyo y reciben palizas ignominiosas al «contestar» tal o cual central nuclear. Pero lo del prodigioso armamento que acumulan las «potencias» y las «potencias», no sólo es infinitamente más acuciante, sino, además, y para mayor inri, está en manos de individuos que no pretenden hacer negocios. Los de las centrales nucleares van tras el «lucro»: multinacionales o no, aspiran a ganar dinero, y desean que el mecanismo funcione regularmente, que la clientela esté contenta, y, claro está, que esa clientela no desaparezca y pague, «consuma» y «pague». El gran error de las sociedades anónimas involucradas será —y empieza a ser— que sus centrales puedan convertirse en focos letales. Quizás a estos consejos de administración no les importen la vida de los vecinos: sí que les importan los recibos que el vecindario abone, y difunde el vecindario, no cobrarán. Es una leve esperanza. Mi temor se amplía en las manipulaciones nucleares «gratuitas». Los planteamientos político-castrenses, en USA, en URSS y en todas partes, ya nacen pagados. Se integran en una esfera de fantasías hegemónicas e ideológicas odiosamente truculentas. El mismo concepto de «lucha de clases» queda arrinconado en esta infame proliferación de armas atómicas al servicio de...

¿Al servicio de quién? Al servicio de nadie, por supuesto. Ni el socialismo ni el capitalismo sobrevivirán como sistemas, y como zonas habitadas dependientes del uno y del

otro, si una «guerra» se desmarra. No una «guerra» parcial, geográficamente pequeña, justificable por triquiñuelas imperialistas, sino esa temible III Guerra Mundial, que sería una locura, la gran locura. Jimmy Carter y Leonidas Breznev acaban de protagonizar el «Salt II», en Viena. Se han besado en las mejillas, y todo. ¿Para ofrecer, al público en general, que están de acuerdo en no infligirnos —a todos, y no sólo a sus súbditos— una desgracia irreparable, y mutua? Mejor que sea así. Porque la III Guerra Mundial, que duraría a lo sumo dos o tres días, supondría un aniquilamiento de la especie humana, sin descartar a los científicos que la proporcionarían, los militares que la practicarán, los políticos que la decidieran, y la chusma de histericos que la piden. Yo, por supuesto, no me fío de lo que Carter y Breznev hayan firmado en Viena. Ni el uno ni el otro son los que «mandan» en sus respectivas «potencias», verdaderamente. ¿Quién podría —un general, un sargento— desencadenar el conflicto? ¿Quién controla, en USA o en URSS, a ese «loco», retorcido por una «ideología», en su puesto de mando? ¿O es que nos hemos olvidado de Hitler y de sus muchachos? ¿O de Truman?... Truman se murió, y el divino emperador del Japón, matusalémico, haría diariamente oraciones por las víctimas de Hiroshima y Nagashaki. Otra ironía de la vida... De la «historia».

Me temo que, en este comentario, me dejo arrastrar por unas convicciones «morales». Lo reconozco. Pero a mí la «moral» se me da una higa. El problema, en todo caso, es que el «hombre» —y la «mujer», naturalmente—, no en abstracto sino en concreto, cada cual, «viva» su vida, y que esa «vida» sea tan afeble, alimentada y lúdica, y sana o sanitaria, como su marco social permita. Para empezar, que eliminemos las torvas alucinaciones nucleares: unas «centrales», quizá imprescindibles, y unas armas, resultantemente fatales. Tengo más miedo a las armas que a las centrales, lo confieso. El hecho de que los «ecologistas» o «ecolojoides» se encrespen contra una nuclear de provincias, y se inhiban ante lo que el Kremlin y el Pentágono estén maquinando, me pone triste. Yo todavía espero morirme de «muerte natural», que nunca se sabe lo que es. Los que vengan luego, dentro de unos años, ¿de qué se morirán?... Como punto final, sería válida la ironía de que Carter y Breznev, colocados en Viena, asistieron a una representación de una ópera de Mozart: se retiraron en un entreacto. Al de los cacahuetes y al de las cajas leninistas, ¿qué les «dice» Mozart? Un argumento contra la «política atómica» sería Mozart. Pero no hay que abusar...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

SALVADOR DALI Y LA FALSIFICACION DE SUS CUADROS

Señor Director:

A propósito de la crónica que aparece en «La Vanguardia» en la primera semana del mes de junio en curso, he de manifestar lo siguiente:

Que acogíndome a su caballerosidad y con el deseo de aportar una más completa información a sus lectores he de manifestarle, al objeto de hacer constar o aclarar, en su caso, el sentido y alcance de la mentada crónica, que juzgo traduce en parte la realidad.

En efecto, las obras falsas atribuidas a don Salvador Dalí, no constituyen en modo alguno un dechado de perfección, tal como en sentido amplio se trasluce en las líneas que se contestan. Contrariamente se trata, en términos generales, de una imitación que con gran fidelidad se distingue, por lo que no hace falta incluso que ningún técnico opine sobre el particular. El estilo, la firma y demás, que constituye la conjunción de un cuadro (óleo, acuarela o dibujo) es muy difícil de imitar porque le faltará siempre el cuño que define la personalidad y el alma del artista.

Así las cosas, el suscrito pretende y quiere dejar constancia escrita para general conocimiento, de que las obras hasta hoy halladas constituyen una copia poco lograda.

Debiendo también dejar constancia escrita de que la policía y la jurisdicción penal instruyen las pertinentes diligencias para poner en claro quiénes son los falsificadores que deberán sufrir las consecuencias previstas en la ley sustantiva penal y cuanto dimanare de la normativa que protege la propiedad intelectual y artística.

Finalmente, el suscrito se reserva, como es natural, las acciones que procedan contra los autores del hecho cuya intención de perjudicar es evidente.

Me tiene usted a su disposición, así como a mi colaborador profesional don Enrique Sabater, para cualquier futura aclaración sobre este u otros temas que usted considere de interés para su periódico.

Salvador DALI

LA MINORIA RUIDOSA

Señor Director:

Es un fenómeno sociopolítico generalmente admitido el que conocemos por «mayoría silenciosa». Son los atentos al cumplimiento de sus deberes, sea en la empresa, o en el trabajo; los que sólo pretenden salvarse a sí mismos y con

ello a sus deudos y familiares más queridos; los que aman al prójimo y lo socorren cuando es necesario; los que se desentienden de la «lucha» política; los que hablan con todo el mundo —amigos, vecinos, compañeros, comerciantes y personas en general—, pero a media voz, dado que para relacionarse no precisan gritos ni aspavientos. En fin, gente humilde, campechana, sociable, complaciente, tranquila, sin grandes sueños ni ambiciones, un poco escépticos sobre la felicidad en este mundo y convencidos de que nadie regala nada y que su subsistencia depende de su propio esfuerzo.

Hay otro grupo sociológico de «minoría selecta», vocacional, atraída por la cosa pública, por el bien general, a cuya consecución les impelle un irrefrenable instinto de superación; gente optimista, segura en sus convicciones, incluso dispuesta a arrosar la aversión de muchos y la incompreensión de los más, conscientes de sus propias limitaciones, pero convencidos que el Estado requiere la aportación de todos para conseguir una sociedad más habitable y más justa.

En fin: en este orden puramente sociológico, hay un tercer grupo al que llamo «minoría ruidosa», compuesta de agitadores, redentores, ilusos, baladros y demás gente que no se resignan al anonimato. Tienen que dejarse ver, dejarse oír, que les aclamen y mejor si les adoran, y es de éstos de quienes quiero hablar especialmente. Fíjense que día sí y otro también, sin apenas interrupciones, organizan conferencias, simposios, asambleas, que cuando son espontáneas apenas concurren unas cuantas docenas de personas, y solamente reúnen una relativa aglomeración cuando son convocados a golpe de tambor. El «tam-tam» de los indígenas africanos. Y fíjense también en sus corifeos y sus adalides. Siempre son los mismos o las mismas. Siento no poder dar nombres porque todos me darían la razón, pues los leemos a diario en la prensa local y dan fe de vida en todos los medios de comunicación. Lo mismo si se trata de feministas, de fascistas o de libertarios. Los unos, con voz trebuchada, palabras fuertes y conceptos altisonantes, se desgajitan dando vía libre a sus espumarajos para defender el derecho al aborto, al amor libre, al goce ilimitado del propio cuerpo; otros, de igual manera, nos hablan de la patria, del honor, del imperio; los restantes, de implantar, mediante la dictadura del proletariado, el reino de la jauría universal.

La minoría ruidosa es un fenómeno bastante general. Lo mismo operan en asociaciones profesionales —arquitectos, médicos, abogados— como en clubs deportivos, en ateneos, gremios y en toda clase de sociedades. Recuerdo, como ejemplo, una junta general del Colegio de

Abogados celebrada a fines de 1970, que tuvo gran resonancia entonces, en que se debatieron puntos tan trascendentes como el de la amnistía general, la liberación de todos los procesados por el Tribunal de Orden Público e, incluso, la supresión de este mismo Tribunal. No quiero entrar, ni mucho menos, en el fondo del asunto y sí sólo, a los efectos de mi razonamiento, poner de relieve que una Corporación compuesta por unos 4.000 colegiados sólo unos 200 —pues hay que tener en cuenta que los ejercientes tienen voto doble—, es decir, un puñado de jóvenes impetuosos, y de cuya buena fe, como compañero, no puedo dudar, propiciaron la adopción de unos acuerdos tremendamente importantes, que al día siguiente fueron reportados a los medios informativos como la opinión de los abogados de Barcelona, cuando es lo cierto que los firmantes no llegaron ni siquiera al cinco por ciento del total de sus componentes, circunstancia que ningún periódico ni nadie acertó a mencionar. Y pregunto: ¿Los 3.500 abogados restantes no constituyen una especie de mayoría silenciosa?

Yo creo firmemente en la mayoría silenciosa. Gracias a Dios esa mayoría ha configurado hasta ahora la Europa libre. Y, en realidad, son los que mandan, en un amplio espectro que va desde un conservadurismo flexible hasta un socialismo moderado y responsable. En la otra Europa, desgraciadamente, no ocurre lo mismo. Pero es que allí más que una mayoría silenciosa lo que hay es una «mayoría sojuzgada».

José M. MANDOLI GIRO

HUMILLAR Y ENSAÑAR... DEPORTIVAMENTE

Señor Director:

Soy un lector diario de su periódico y quisiera poder señalar que las palabras «enseñar» y «humillar» no deberían estar en boca de personas que están relacionadas con el deporte. Este es el caso de las declaraciones hechas a su periódico del martes día 26 de junio, por el señor Lorente, entrenador del equipo de hockey sobre patines del Barcelona, y de las del señor J. L. Núñez, presidente de dicho club.

Muchos seguidores del deporte, entre ellos yo, creemos que lo que dijo el barón de Coubertin, instaurador de los modernos Juegos Olímpicos, es lo importante: «Lo importante no es ganar, sino participar».

J. TORRES

LOS GITANOS OCUPAN UNA FINCA

Señor Director:

En la urbanización «Es Monestrí», situada entre San Antonio de Calonge y Palamós, existe una finca cuyo propietario, un famoso escritor americano, fallecido hace unos años, permaneciendo deshabitada desde entonces, por no haberse hecho cargo de la misma hasta el momento sus herederos. Pues bien, desde hace más de un mes se halla aposentada allí una tribu de gitanos (digo tribu porque lo que empezó siendo una familia, aumenta de número a medida que el tiempo pasa), que ha ignorado olímpicamente el hecho de que no sólo la casa, sino la urbanización, son propiedad privada, como se hace constar en numerosos letreros, y parece ser que han contestado esgrimiendo navajas a todo aquel que timidamente ha intentado explicarles que aquello tenía un propietario.

El caso no es único y en Palamós existen varios grupos como éste, habiendo aumentado los asaltos a viandantes y el desvalijamiento de coches y comercios desde su llegada.

Creo que las autoridades locales ya tienen conocimiento del hecho, por lo que me parece increíble que esta situación se esté prolongando tantas semanas. Me gustaría saber a quién diablos hay que recurrir para que se ponga fin a estos claros allanamientos de morada.

L. M. A.

NUDISMO EN EL «CANGURO»

Señor Director:

Para mi regreso de Ibiza he utilizado, junto con mis hijos, de 12 y 14 años, el «canguro» de la Compañía Ybarra.

Cuál no sería mi sorpresa al acompañar a mis hijos a la piscina de dicho buque y encontrarme que la mayoría de las bañistas solamente utilizaban la parte inferior del bikini. Y ahora viene mi pregunta: ¿Cómo es posible que en un barco donde no todo el mundo tiene la misma ideología se permitan situaciones de este tipo?

Me parece normal que estas personas tengan sus playas autorizadas, pero lo que no considero tan normal es que en un barco en el que viaja tanta diversidad de gente se permitan estas libertades.

UNA PASAJERA